

BRUNO PARDO PORTO

Maryse Condé (Pointe-à-Pitre, Guadalupe, 1937) recuerda lo primero que escribió en su vida porque cuando le dio a su madre el poema que le había dedicado esta le dijo: «Es horrible, no vales para escribir». Tenía diez años y no debutó en la novela hasta los cuarenta y dos, pero no por el disgusto sino por falta de tiempo: estaba muy ocupada sufriendo, viendo sufrir. «No me puse a escribir hasta que dejé de tener tantos problemas y me pude permitir reemplazar los dramas de verdad por los dramas de papel», confesó ella misma en 'La vida sin maquillaje', que continuaba el relato autobiográfico que había empezado en 'Corazón que ríe, corazón que llora' (ambas en Impedimenta). Entre esos dos hechos se concreta esta mujer isleña que ha vivido en tres continentes y convierte la anécdota en una puerta a lo universal, con ese talento añejo de los narradores que reúnen a su audiencia en corros y los ponen de puntillas. Condé, candidata al Nobel y ganadora del Nobel Alternativo (ay), nunca ha dejado de pensar con los colores y los olores de las Antillas, una nostalgia que no emborriona la memoria de la severidad de sus padres ni el racismo, tema central o subterráneo de su obra, según el momento y la geografía. Belleza y horror. Exuberancia y...

A estas alturas, cuenta, sigue escribiendo porque aún su pasado es un misterio, y aunque el cuerpo y el pulso le fallen cada vez más (el Parkinson, entre otros achaques) su sed de contar aún no se ha saciado. Ahora le dicta las novelas a su marido, Richard Philcox, que es también su traductor al inglés.

—Nació en una isla y parece que ha perseguido las costas. ¿Cómo le marcó haber crecido rodeada por el mar Caribe?

—El mar es muy importante para cualquiera que haya nacido en una isla. Cuando cambia de color, del azul al gris, del gris al negro, altera mis estados de ánimo. Cuando está azul o verde me siento en paz, cuando su color es negro siento ira. De joven le tenía mucho miedo al mar, mucho respeto, y sólo de adulta empecé a entenderlo. El mar tiene una gran importancia en todas mis novelas, desde 'Tituba', una mujer que nació en un barco negro, hasta 'El evangelio del Nuevo Mundo', donde es omnipresente. Recuerdo que mi padre

nadaba todos los días, y cuando nos portábamos bien nos dejaba acompañarle. Cuando pienso en él le veo siempre en bañador.

—Sus padres pertenecían a la asociación Grand Nègres (Negros Ejemplares) de Guadalupe, una élite social y cultural que se definía en oposición a aquellos que, decían, solo bebían ron y no hacían nada productivo. ¿Cómo marcó eso su educación?

—Mis padres me convencieron de que era una estudiante sobresaliente, de que estaba destinada a grandes cosas, a desempeñar un papel fundamental dentro de mi comunidad. Y yo me pensaba que era una intelectual, que tenía una inteligencia superior a la de los demás.

—A estas alturas, ¿sigue recordando su infancia o es algo tan lejano como un sueño? ¿Se supera o se olvida lo que nos ocurre cuando aún somos niños?

—Creo que es cierto eso de que todo lo que uno escribe viene de la infancia. Yo perdí a mis padres muy pronto y cuando pienso en ellos los veo en la orilla del mar, animándome a afrontar la vida con valentía. La muerte de mi madre me afectó enormemente, y todavía hoy me afecta. Dejé de leer a Marguerite Yourcenar porque escribió que es posible superar la muerte de una madre, algo que sin duda ella logró [la madre de Marguerite Yourcenar, por cierto, falleció de peritonitis diez días después de haber dado a luz a su hija].

—Fue en París, en el instituto, cuando empezó a tomar conciencia de su identidad: una mujer con «piel negra y máscara blanca». Sus padres, de hecho, «no sentían el más mínimo orgullo por su herencia africana», tal y como cuenta en 'Corazón que ríe, corazón que llora'. ¿Hasta qué punto sus lecturas han marcado su identidad?

—Puedo decir que Frantz Fanon [el autor de 'Piel negra, máscaras blancas', de 1952] ha desempeñado un papel muy importante en mi vida. Sobre todo cuando dijo eso de que si no fuera por el mundo blanco no habría negros. Entonces comprendí que todo depende de la mirada del Otro.

—¿Qué le parece eso de la 'literatura comprometida'? Es una de las etiquetas que se le ha puesto a su obra... ¿Puede la literatura cambiar las cosas o exageramos su influencia?

«Creo que desagradó y escandalizó en Francia por mi denuncia del colonialismo. Y porque no cedo al exotismo»

Dejó de leer a Yourcenar porque escribió que es posible superar la muerte de una madre, algo que sin duda ella logró»

A ESTAS ALTURAS, LA VIDA

MARYSE CONDÉ ♦ ESCRITORA

«Soy vieja, dependo demasiado de la amabilidad de los desconocidos»

Tiene ochenta y siete años y el cuerpo gastado, pero sigue escribiendo. Eterna **candidata al Nobel, ganadora del Nobel Alternativo**. Condé repasa en esta entrevista una vida que empezó en una isla y siguió por tres continentes



—Abandonó pronto su isla, y ha vivido, además de en Francia, en Costa de Marfil, Ghana, Guinea, Mali, Inglaterra, Senegal, Estados Unidos... ¿De dónde se siente ahora que ya no viaja? ¿Cree en alguna patria todavía?

—Me siento cómoda en muchos sitios, sobre todo allí donde el mar está presente, pero en mi cabeza sigo siendo una hija de Guadalupe.

—¿Qué le parece eso de la 'literatura comprometida'? Es una de las etiquetas que se le ha puesto a su obra... ¿Puede la literatura cambiar las cosas o exageramos su influencia?

—La literatura no puede cambiar las cosas, pero sí puede hacer que el lector sea consciente de sus prejuicios personales. Y puede abrirle la puerta a otras culturas del mundo.

—¿Escribe con ese ánimo? —Yo me esfuerzo por crear un mundo de armonía y donde la tolerancia no dependa del color de la piel.

—Por cierto, ¿sigue escribiendo?

—Sí, estoy escribiendo la historia de mi familia, con la que no estoy familiarizada. Mis dos padres tenían personalidades fuertes [y lograron una buena posición social]. Sin embargo, sus padres, mis abuelos, habían sido esclavizados y oprimidos. ¿Cómo he llegado a ser lo que soy después de un árbol genealógico tan dramático? Esa es la pregunta que trato de responder.

—En marzo de 2020, Emmanuel Macron le entregó el Orden del Mérito de la Repúbli-

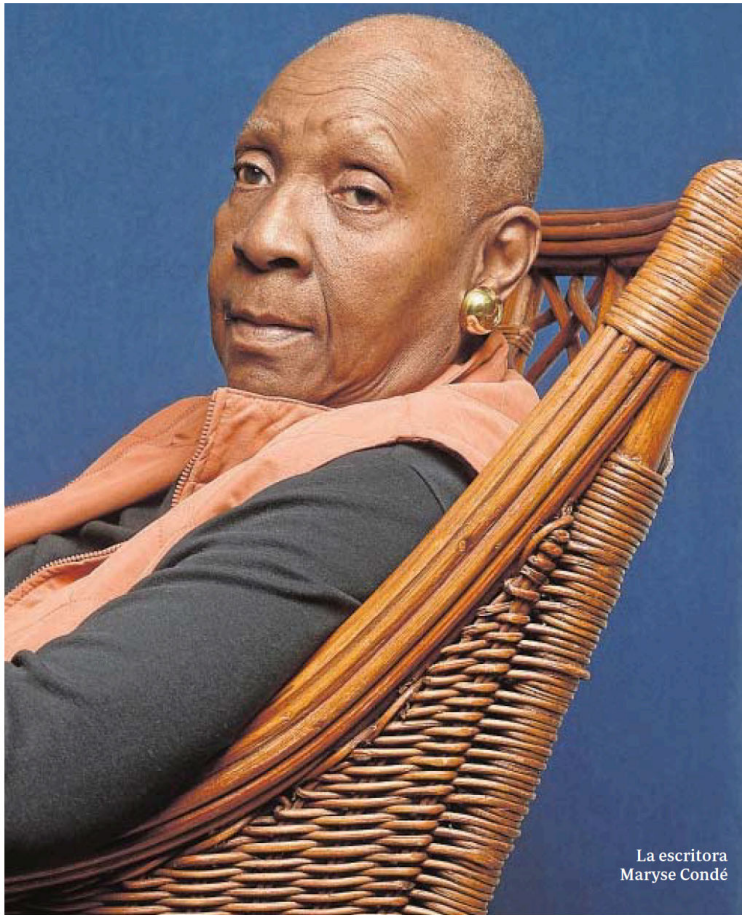
ca. ¿Cómo ha digerido este reconocimiento? Nunca se ha cortado a la hora de definir Francia como un país racista...

—Y sigo pensando que hay rachas de racismo en Francia. Además, sigo siendo relativamente desconocida ahí, rara vez me invitan a programas literarios y nunca he ganado uno de los premios literarios franceses de prestigio. Creo que desagradó y escandalizó por mi denuncia del colonialismo francés. Y porque no cedo al exotismo para complacer al lector.

—En 'La vida sin maquillaje', que publicó en 2012, contaba que ya no tenía grandes dramas más allá de la salud.

—He luchado por construir una vida mejor, y lo he conseguido, pero por desgracia ahora soy vieja y estoy enferma y la vida no es fácil. Dependo demasiado de la amabilidad de los desconocidos.

—¿Qué echa de menos de la juventud?



La escritora
Maryse Condé

ULF ANDERSEN

—Echo de menos viajar, volver a los lugares que han inspirado tantas de mis novelas.

—Cuando recibió el doctorado Honoris Causa por la Universidad de Murcia habló del canibalismo literario como un género propio de geografías no occidentales. ¿Cree que su literatura es literatura canibal?

—La canibalización es un recurso que constata que tomamos prestadas ideas incluso del colonizador. Yo, por ejemplo, he canibalizado la literatura occidental, especialmente a Emily Brontë: convertí 'Cumbres borrascosas' en una novela caribeña [se refiere a 'La migración de los corazones']. Fue una amiga de mi madre quien me regaló 'Cumbres borrascosas', y el libro atrajo directamente a la niña guadalupeña que yo era por entonces: hablaba de la muerte, el amor y lo sobrenatural, que eran temas cotidianos en Gua-

dalupe, cercanos, aunque los había escrito una autora inglesa. Esto demuestra que la literatura es un lenguaje universal y no es específica de un país concreto.

—Ha dicho en muchas ocasiones que su madre era creyente, pero su padre no, y que usted se crió con esas dos influencias contradictorias, entre la devoción y la indiferencia. ¿Ha cambiado su relación con la fe o con Dios con el paso de los años?

—No, mi fe no ha cambiado, pero respeto las religiones de los demás aunque sean diferentes a la mía. He vivido en países musulmanes de África Occidental, y allí me sentí atraída por una visión del islam como una suerte de revuelta contra el cristianismo. En Conakry [Guinea] vivía cerca de una mezquita, y cada día oía los cantos musulmanes, que me llenaban de tentación de creer. Sobre todo la llamada

matutina del almuédano, que curiosamente también me asustaba... Recuerdo que de niña tenía que acompañar a mi madre a misa muy temprano. Era la primera misa del día. Y yo veía aquello como algo forzado. No me resultaba natural.

—Pasado el tiempo, ¿qué permanece más en la memoria: el dolor o la alegría?

—Digamos que el dolor está más presente en mis novelas que la alegría.

—¿Tiene miedo a la muerte?

—Sí, claro.

—...

—Creo que todo el mundo tiene miedo a la muerte, porque supone adentrarnos en lo desconocido. Y no es lo mismo que los sueños, que se pueden analizar hasta cierto punto. La muerte es lo desconocido por excelencia. La muerte te roba a las personas que quieres y a tu familia. Desde que perdí a mi madre creo que la muerte es aterradora. Y malvada. ■

Una mirada de consternación

La denuncia de **Maryse Condé** del machismo, la violencia y del racismo que existen en tantas sociedades resulta demoledora

ANDRÉS IBÁÑEZ

Rosélie es de Guadalupe, esa pequeña isla caribeña que es parte de los 'Departamentos de ultramar' franceses. Stephen es inglés, un carismático y erudito profesor de literatura. Los dos viven aparentemente felices en Ciudad del Cabo, Sudáfrica. A Stephen le encanta la música clásica y las reuniones literarias. Rosélie no tiene grandes intereses culturales y evita participar en los saraos de su marido. Su gran pasión es la pintura, aunque tampoco posee formación artística alguna. Son un matrimonio mixto, ella negra, él blanco. Y esto es una continua fuente de problemas. Es un problema en Sudáfrica y también lo ha sido en todos los países donde han vivido, especialmente en Estados Unidos, donde el expansivo y sociable Stephen no paraba de hacer amistad con parejas blancas que, al ver el color de la piel de su mujer, palidecían espantadas. Lo mismo sucede en Sudáfrica. Cuando Stephen presenta a Rosélie como «mi mujer» todo el mundo la mira con consternación.

Una noche Stephen sale de casa para comprar tabaco. Apenas puede llegar a la esquina cuando unos maleantes le saltan y le matan. Nadie se explica por qué Stephen ha sido tan temerario en un país donde los atracos, violaciones y asesinatos son habituales. Un inspector de policía comienza a investigar, convencido de que hay algo oscuro e inexplicable en la muerte de Stephen.

A pesar de este misterio, solo resuelto en las últimas páginas, la novela no tiene una verdadera trama. Se desarrolla más bien como un recorrido. Un recorrido que nos lleva por la vida de Rosélie y nos invita a conocer su mundo. Como todas las vidas, la de Rosélie está llena de pequeños misterios, contradicciones, absurdos, milagros, sorpresas y es un verdadero placer ir descubriéndolos uno a uno. Hay en el libro una organización secreta: en cada capítulo aparece un personaje o un grupo de personajes nuevos, como si estuviéramos explorando las diversas partes de una planta. Algunos no vuelven a aparecer. Otros se quedan pegados al tallo principal y nos siguen acompañando. Tras la muerte de su marido, Rosélie se pone a trabajar como «médiu», aunque en realidad lo que hace es dar masajes y hacer terapias a sus clientes, muchos de los cuales mejoran notablemente. Lo cierto es que Rosélie es una mujer llena de capacidades y habilidades, entre ellas una capacidad sorprendente para la amistad y las relaciones humanas, que nunca ha tenido ocasión de conocer del todo ni de desarrollar. Parece que es capaz de curar porque sería capaz casi de cualquier cosa que se hubiera propuesto de no haber vivido siempre a la sombra de novios o maridos abrumadores.

Se dice muchas veces que el estilo de Maryse Condé es «brutal», «implacable», «desnudo» y todos esos adjetivos que, quién sabe por qué, cierta clase de críticos consideran las alabanzas más grandes que se le pueden hacer a un autor. No es cierto. El estilo de Condé es plácido, sereno, lleno de sensaciones y de imágenes, y leerla es un verdadero placer. Su denuncia del machismo, de la violencia y sobre todo del racismo que existen en tantas sociedades no es menos implacable y demoledora por eso. ¿Por qué los negros causan tanto miedo? ¿Por qué en cuanto vemos a alguien de raza negra nos sentimos incómodos? Difícilmente se podría escribir sobre estos conflictivos temas con mayor sensibilidad e inteligencia. ■



Historia de la
mujer canibal
Maryse Condé
Impedimenta,
2024
310 páginas
23,95 euros
★★★★★